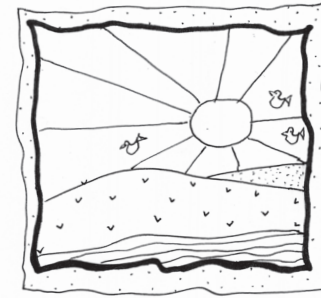


Ese viernes



*Despierta, mi bien, despierta,
¿no ves que ya amaneció?
Ya los pajarillos cantan,
la luna ya se escondió.
Las mañanitas*

Amanecía. Nací con la lluvia, el clamor del bosque y el rugir del volcán. Era viernes. Nací ligera, caliente y tan transparente como la luz de la mañana. De momento no quise abrir los ojos, casi ni lloré. Me llamaron Amanecer. Mi mamá dice que llevo el mismito sol por dentro. Cuentan que, ese día, el barrio se llenó de una claridad sin igual que despertó a todos los pueblerinos, inexplicablemente, antes de las seis de la mañana. A mi madre, en cambio, la despertó un dolor intenso de panza. El reloj marcaba las cinco y cincuenta y ocho minutos, y ya mi abuela regresaba de la iglesia cuando oyó un escándalo de gritos en casa de su hija. Espantó con el periódico que acababa de comprar a un gato que se le cruzó por el camino y apresuró su paso. Su corazón de vieja lo había sentido desde que abriera los ojos esa mañana, pero no podía faltar por nada a la misa de cinco; era su ritual de más de cuarenta años.

Por mi parte, yo también escuchaba unos chillidos y estaba muy aturdida; recién me despertaba. No sabía quién era ese raro ser que con tanto apuro me llamaba.

—¡Amaneció! ¡Ya, sal de ahí!

Sentí como si una fuerza sobrenatural me empujara mientras descendía por un túnel resbaloso. Al final, la gritona esa me agarró de la cabeza y, después, me tiró tanto de los hombros que pensé que iba a romperlos en pedazos; luego me puso patas arriba y me tomó de los tobillos.

—¡Vamos, muchachita! —siguió tronando la mujer en lo que me zarandeaba y daba palmadas en mis diminutas nalgas.

En una de esas, me sacudió tan fuertemente que quise llorar, pero no pude. Apenas me salió un gemido de ovejita asustada, que parece que fue suficiente para inflar los pulmones de aire. Yo acababa de nacer: justamente un mes y tres días antes de lo que estaba previsto. Más o menos así empieza mi historia, como es lógico, cuando nací.

Fui una bebé muy pequeña, frágil y de piel tan blanquita y transparente como una porcelana fina. Podían contarse todos los huesitos de mi esqueleto, y hasta las venas y arterias podían verse sin problema alguno. Incluso temieron que fuera albina. Gracias al cielo, no. Mi madre, al ver a su criaturita insignificante pero tan brillante como la luz del día, se conmovió muchísimo; una radiante emoción inundó su corazón. Así me saludó: «Hijita de la luz, amanecer de mis amores, cuánto la esperé...». Después de admirar los ojitos de topacio, que por una rara agenda del destino Diosito me había regalado, besó mis lagrimones de angelito. Le encantó también mi pelo lacio y negro, con unos rayitos color violeta que parecían pintados. Luego se cercioró de que no me faltara ningún dedito y nos dormimos muy a gusto las dos. Estábamos tan juntitas que podía confortarme con el traqueteo armonioso de su corazón, que

por supuesto se me hizo muy familiar porque lo conocía de siempre.

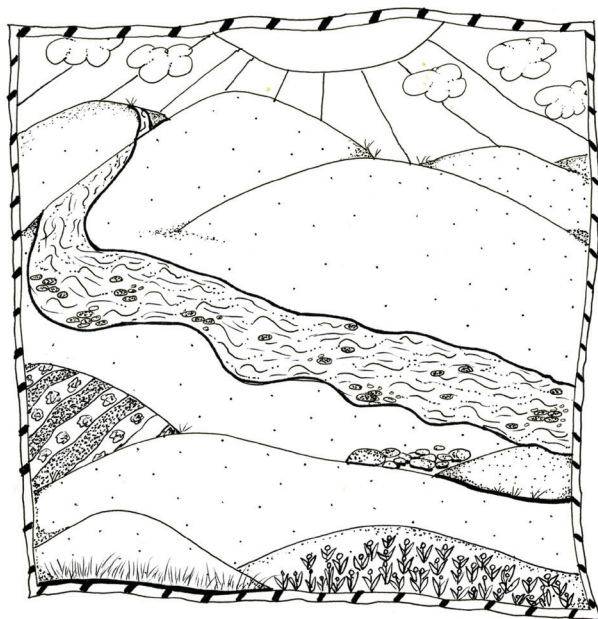
Esa misma mañana me llenaron de besos mi padre y mis hermanos, salpicándome todita la cara de saliva y cariño. Cubrieron unos periódicos con varias colchitas para improvisar un colchón y me acomodaron en una batea de aluminio, esas que se usan para lavar ropa. Ya por la tarde me acercaron a la estufa, que la mantuvieron encendida todo ese día. Por la noche, me pusieron una lámpara enorme detrás para que su luz me calentara, sin tener el peligro de la estufa caliente. También cuentan que nací con hambre, parecía una leoncita golosa: no me desprendía del pecho de mi madre. Después de seis días se le agotó la leche a mi pobre mamá y tuvieron que amamantarme a punta de agüita de arroz mezclada con un poquito de leche evaporada. Es que mi madre no engordó durante el embarazo. «Es hambre vieja y por eso no le aprovecha nada a mi chiquita, pobrecita, tan menudita que está», decía mi abuela Aurora. Imagínense que, aun después de tres semanas de nacida, todavía cabía en el bolsillo del delantal de mi mamá. Allí me mantenía cubierta de algodones mientras ella lavaba ropa y hacía sus demás quehaceres.

Ya para entonces los asuntos de dinero en mi hogar no andaban nadita bien. A los pocos años de mi nacimiento, mis padres perdieron la casa donde vivíamos, en un barrio bastante decente, y tuvimos que mudarnos a un cuartito en la parte de atrás de una imprenta: el negocio de mi papá.

No me pregunten por los siguientes cuatro años, pues no tengo más que mínimos recuerdos nublados y enredados. Sí,

intuyo que el nido en donde me tocó nacer no era perfecto. A veces me asaltan un tumulto de emociones que recién trato de descifrar, por lo que pienso que contándoles mis recuerdos podré ordenar de a poco mi mente. Me disculpo por las imperfecciones que el tiempo haya causado en mi memoria; en más de una ocasión he tenido que recurrir a la imaginación, mi fiel e inseparable amiga. Gracias a su ayuda y a unos cuantos papeles, pienso compartir con ustedes lo que pasó.

*Ya viene amaneciendo,
ya la luz del día nos dio.
Levántate de mañana,
mira que ya amaneció.*



Las mujeres de mi familia

No sé qué tienen las mujeres de mi familia con eso de los amaneceres. Todas nos llamamos con nombres medio insólitos, que tienen que ver con los primeros rayos de sol que aparecen cuando despierta la mañana. Debe de ser porque todas las mujeres de mi familia nacimos de madrugada. Mi bisabuela se llamaba Alborada de Dolores y Mastuerzo. A su hija, o sea, a mi abuela, le puso por nombre Aurora; y como ella se casó con un señor de apellido Flores, entonces se llamó Aurora de Flores. A mi madre le pusieron María del Alba Flores, pero, de hecho, era más fácil llamarla Alba María y con ese nombre se quedó. A mí, por último, iban a llamarme solo Luz, a secas, para no complicarme la existencia con tantos apelativos de madrugadas o de plantas. Por suerte, no les dio por ponerme ningún nombre ridículo, como esos que sonaban a puritas cuchufletas, y que a menudo aparecían en las páginas sociales del periódico. Más bien pienso que, al resbalarme rapidito justo en el momento en que amanecía, este hecho determinó mi nombre. Así fue como mi mamá decidió llamarme Luz de Amanecer, para recordar el amanecer tan espléndido del día en que nací. Desde entonces llevo este nombre único que, les confieso, me gusta mucho.

